



CAPÍTULO X

Etiopía (Agazi-Agazian).—Descripción.—El país y la raza.—Orígenes históricos.—La Etiopía bajo los Faraones de las primeras dinastías.—La invasión árabe.—Revolución y lucha contra el Egipto.—Reducción de la Etiopía por los Ramsés.—El rey Pian-chi.—Conquista del Egipto por la Etiopía.—Dinastía etiópica.—Retirada de los etiopes.—Emigración egipcia.—Emigración judaica.—Tradiciones de la reina de Saba.

En el momento en que el Egipto va á caer bajo el poder de los persas, no es inútil echar una mirada sobre la Etiopía, que despues de haber tenido tantas relaciones con el pueblo de los Faraones, permanecerá en adelante oculta en sus montañas y conservará su belicosa independencia detrás de las arenas en donde quedarán sepultados los ejércitos conquistadores.

Y en efecto, es un país digno de fijar en él la atención. «Subid y recorred con la vista la escarpada llanura que se eleva como un fuerte baluarte entre las fuentes del Mediterráneo y del Océano Índico que domina. Subid allí y vedla cortada en pequeñas llanuras por las cadenas que la rodean y mezclan sus picos en medio de ella; erizada de rocas de granito y de cuarzo en las más caprichosas formas, amenazando derrumbarse, surcada por impetuosos y rápidos ríos, como el Tacazé y el Zahr-el-Azrak ó Nilo Azul, humedecida por grandes lagos que alimentan los tributarios de los torrentes y las nieves de las montañas (1).

Allí habita una raza guerrera que participa de la rudeza del suelo, que, hollada algun tiempo por los pasos de los Ramsés, y antes de ellos quizá por la irresistible dominación de los árabes, no ha conocido despues otro yugo; y más tarde, desde lo alto de sus fortalezas naturales, ha destrozado hasta el terrible é indomable esfuerzo de los modernos invasores del islamis-

(1) *Abisinia*, por M. Duverger, en el *Universo pintoresco; Anales de filosofía cristiana y geografía de Balbi*.

mo. Allí viven juntos y casi confundidos los primeros hijos de Cam, africanos, egipcios, despues los descendientes de los primeros hijos, y en fin, los hijos perdidos de la nación judaica; lo cual ha servido para dar el nombre de *habesch ó abisinios*, «pueblos mezclados» á los habitantes de los dos reinos de *Tigré* y de *Amhara*.

Pero ellos consideran como una injuria este nombre, y de hecho, hasta el presente no han tomado otro más glorioso. Cuando se les designa bajo el nombre de tigreos y de amharitas, se distingue solamente á los habitantes de los dos reinos. Cuando los griegos y los romanos les llamaban *trogoditas* y *axumistas*, no habian visto más que sus cavernas (1) ó su capital; habia un motivo bastante insignificante. Los más antiguos libros del país, escritos en la antigua lengua *guez*, les llaman *etiopes*; no se envanecen sin embargo con este título, sino que más bien se honran con el de *agazianos*, que significa «hombres libres.» Pero su legítimo orgullo está más alto todavía; su gloria, despues de la venida del Salvador, es el haber salvado su religión con las armas en la mano, en medio de las oleadas de pueblos musulmanes que se estrellan al pié de sus montañas. Ellos lo saben, y se llaman *caschtan*, cristianos (2).

Si en esto estriba su independencia y su nacionalidad, esta fe y su constancia en con-

(1) Trogoditas quiere decir, como es sabido, habitantes de las cavernas.—Axum era la capital del país.

(2) M. Duverger, *Abisinia*.

servarla como un tesoro, es la que les ha preservado de la conquista y de un completo olvido. Nómbrense, si se puede, los demás pueblos del Africa. La maldición pesa, desde su origen, sobre esta dolorosa posteridad de Cam, castigada desde los primeros dias, y la desgracia pesará sobre ella hasta que reclame la sangre del Calvario que ha sido derramada para todos.

Así ha sucedido á la Abisinia, que sin duda tendrá que experimentar terribles pruebas, hasta que haya abrazado por completo la religión del amor. La infame ciudad de Hadieh, la única en que está tolerado este infame tráfico, vende todavía á los déspotas del Asia los eunucos de sus harenes; pero, salvo raras excepciones, la Abisinia es libre porque todavía es cristiana.

Y es necesario buscar mucho antes de la era cristiana los sufrimientos á que les sujetaba la maldición como á sus hermanos.

Narremos, pues, rápidamente sus antiguos infortunios.

Desde que Kusch, hijo de Cam, se alejó del llano central del Asia de aquel Sennaar, cuyo nombre conservó juntamente con el recuerdo del país montañoso de la Etiopía (1), es necesario contar las guerras, las emigraciones y las invasiones que mezclaron tantas razas con la de los primeros poseedores, con la pobre raza negra Kusch, quien probablemente habia pasado por la Arabia feliz, unida todavía al continente africano, se detuvo sobre el llano de la Etiopía, mientras que la tribu de Mezraim bajaba á lo largo del Nilo.

Quizás los etiopes precedieran en su civilización al Egipto: es cierto que á pesar del profundo antagonismo, de las conquistas y de los reveses mútuos, el pueblo de Mezraim conserva estrechos lazos con el pueblo de Kusch y que más de una vez la nacionalidad egipcia se tuvo que refugiar cerca de los santuarios de Meroe, cuyos sacerdotes parece que eran sus maestros.

En los primeros tiempos se encuentran las señales de las tentativas de dominación que los

(1) Una parte de la Etiopía se llama *Sennaar*.

etiopes no dejaron de ensayar contra este pueblo, en el que pretendían no ver más que una de sus colonias. Estos ensayos debían producir terribles represalias, y entre tanto, la espada de los Faraones de Tebas comenzó por rechazar hácia el S. estas ambiciosas veleidades.

Bien pronto la Etiopía tuvo que defenderse, y no pudo ménos de sucumbir.

No tenemos por qué repetir aquí en detalle cuántas veces fué atacada y sumisa, cuántas veces, envidiosa de su independencia, sacudió el yugo para tener que sufrir otro más cruel aún. Hemos enumerado las victorias de los Faraones, y estas victorias son casi siempre derrotas para la Nubia. Amenemha conquista allí minas de oro; Sesurtasen I va á señalar sus expediciones hasta Wadi-Halfa. Su estela triunfal demuestra el abatimiento de los etiopes (1), y las inscripciones de las tumbas de sus oficiales celebran la buena administración del país vencido (2). También el tercer Sesurtasen y el tercer Amenemha erigen monumentos y fortalezas hasta más allá de la segunda catarata del Nilo, en Semnech y en Kumé (3).

Despues tiene lugar la gran invasión de los Hycsos. No es posible dudar que la dominación árabe que se habia extendido por toda la tierra de Mezraim, no haya llegado hasta la tierra de Kusch, donde se encuentran vestigios de su tránsito (4). Sin embargo, fué ménos sensible quizá que en el resto del imperio egipcio.

El reino de Xoís, que se habia formado arrancando á los reyes de Tebas el Bajo Egipto, habia conservado su autoridad sobre la Etiopía, donde aún hoy se encuentran los monumentos que permiten reconstituir la série de su dinastía. Este reino pagó tributo, pero no fué completamente destruido por los Sa-su. Despues, de las montañas de la Etiopía surgió la reacción contra los pastores; un cierto número de egipcios se habia allí refugiado, y se vieron pre-

(1) M. Rouge cita esta estela en los *Anales de la filosofía cristiana*; Mayo, 1847.

(2) Hemos citado segun Brugsch esta inscripción de la tumba de Chnam-hotep.

(3) M. Robion, *op. cit.*, pág. 91.

(4) Dibujos de Champollion el Joven y sus cartas á M. Blacos, sobre el Egipto.



cisados á bajar, con objeto de libertar al país.

La Nubia creyó entonces llegado el momento favorable: mientras que la expulsión de los Su-sa ocupaba en el Norte las fuerzas apenas reconstituidas del Egipto, ella se sublevó. Acaso no fuera más que por dar al nuevo imperio una ocasión de triunfo; los pueblos de la Nubia figuran por largo tiempo en lo sucesivo entre los tributarios de los tuthmés.

Sin embargo, las rebeliones eran frecuentes, y exigían, á lo que parece, terribles ejemplos.

Bajo Amenhotep II fué trasportado á Nápata el cuerpo de uno de los siete reyes del Asia, derrotados en una insurrección general, «á fin de que los negros pudieran ver las victorias del rey por una eternidad entre todos los pueblos del mundo, y cómo castigaba él á los pueblos del Norte» (1). A esto iban unidas lecciones aún más severas; los colonos expedicionarios de Amenhotep III llevan á Semneh setecientos cuarenta cautivos, siendo de ellos la mitad mujeres y niños. ¿Es acaso porque la Nubia se había excedido en sus crueldades, porque reconoce como rey al pretendiente Amontuokh (2), competidor de Horasi, como también al hijo de este usurpador? Tuvo, sin embargo, por que arrepentirse; porque «Su Majestad sagrada hizo conocer su nombre en la tierra de la Etiopía, á la que castigó conforme á las palabras de su padre Ammon» (3).

La Etiopía se levanta de su postración, merced á las turbaciones que siguen á la misteriosa desaparición de Hor y catástrofe del Mar Rojo; pero es para volver á caer bajo el poder de Seti I. A cien leguas al S. del Egipto, el nombre de este conquistador indica su presencia, y los muros del templo de Radesich (4) le representan, teniendo por los cabellos á los prisioneros etíopes, que sin duda debieron entregarse á discreción.

(1) Brugsch, *Historia*, pág. 110, v. 11.

(2) El nombre de este rey se halla escrito sobre uno de los famosos leones del monte Barkal (Alta Nubia de Avesne). (*Revista arqueológica*, v. 5.)

(3) Champollion, *Carta duodécima*.

(4) Sobre las fronteras de la Nubia. (Brugsch; *Geografía*, t. 59.)

Esta vez la conquista era duradera. Ramsés II la terminó; y también se le ve sobre los monumentos de Isambul, distribuyendo el gobierno del país á príncipes indígenas, que son sus lugartenientes, y á quienes él mismo erige un templo de Ammon en Barkal, en testimonio de su incontestable poder (1). La Etiopía parece entonces tan perfectamente incorporada al imperio, que da asilo á Amenhop durante la invasión de los «impuros», y permanece fiel á la serie de dinastías de los Ramsés hasta ser reemplazados por la dinastía de Seschonk, á la que también da soldados para sus expediciones contra el reino de Judá.

En un momento parece prepararse á la defensa; llama á sus fronteras á uno de los vástagos de la antigua dinastía, que pretende ofrecer derechos más ó menos problemáticos sobre las *dos coronas*. El rey de la Etiopía, Pian-chí, se hace conquistador; se apodera del Bajo Egipto, somete á los príncipes ó reyes, sus vecinos, y á sus rivales, entronizándose en Menfis. ¿Qué queda de esta gloria pasajera? Poca cosa en verdad. Es, sin embargo, como una especie de inauguración de la conquista que va á ilustrarla.

En efecto, bien pronto por la eficacia de sus virtudes guerreras, la Etiopía consigue dominar al Egipto é imponerle no solamente su yugo, sino toda una dinastía de sus reyes. No es, en efecto, una mediana gloria la de sus príncipes, los Sabaka, los Tharaka, que afrontan á los asirios, que figuran en Medinet-Abu, teniendo en sus manos las cabelleras de los vencidos, y que se distinguen por sus útiles y magníficos trabajos.

La dinastía etíope se retira después de una posesión de más de cincuenta años, pero es para recibir á los fugitivos egipcios, á quienes las tendencias griegas de Psam-tik obligan á emigrar.

Psam-tik había querido acabar con los privilegios de la clase militar, que quizás había sido establecida por los etíopes. Entonces los guerreros abandonan á este Faraón en número

(1) M. Sepsins. (*Cartas del Egipto*, citado por monsieur Robion, *op. cit.*)



ro de 240.000, quedan desiertos los campamentos, y llevándose sus insignias, las van á depositar detrás de Meroe, en una provincia en la que toman el nombre de *Asmach* ó *Ascham* (1).

Por último, mientras que estos desterrados edifican á Axum, mientras que las armas de los reyes de Asiria vienen á hacer cautivos y á imponer tributos á los reyes de Meroe (2), llegan también otros proscritos á aquellas montañas, que no desechan á ningún desgraciado, y toman por fuerza entre los reinos de *Tigre* y de *Asuhara*, una plaza que ocuparon por las armas. Siempre es la guerra el patrimonio de estas comarcas. Estos judíos, que huían de las garras de Nabucodonosor, no tardaron en hacerse temibles á los antiguos habitantes bajo el nombre de *Talascha*. Al menos llevaban á la Abisinia las promesas de la nueva ley que el Mesías debía proclamar.

Separemos cada una de estas influencias. Si queremos una prueba de la influencia de los *Talascha*, que aún subsisten con sus costumbres, sus instituciones y su religión, no hay más que considerar estas tradiciones etíopes anteriores á Jesucristo, en las que algunas formas nacionales revisten siempre un fondo judío.

¿Quién no sabe que la Abisinia disputa á la Arabia la gloriosa memoria de *Saba*, que visitó á Salomón, renunció al sabeísmo por el culto

(1) Maneton.

(2) Véanse las *Inscripciones asirias* en el capítulo de la Asiria.

del verdadero Dios, y según las tradiciones etíope y arábiga, tuvo del rey de Jerusalén un hijo, *Melinek*, jefe de una larga dinastía? (1).

Parece, por lo demás, muy probable que la Etiopía tuvo en todos los tiempos más relaciones que las que generalmente se suponen con la costa del Asia, de la cual está separada hoy solamente por un brazo de mar bastante estrecho. En todo caso, se sabe que el país de Kusch suministraba al Oriente numerosos productos. Con los frecuentes viajes debían quedar en estrechas relaciones la Arabia y la Abisinia. Basta dirigir una mirada sobre la Etiopía para conocer que, si su comercio es árabe, si las tradiciones y las costumbres proceden de los judíos, es por la sangre y monumentos hermana del Egipto.

Esta es toda la historia de la Etiopía hasta el día en que Cambises llega á amenazarla.

(1) Hay una historia antigua etíopica, el *Tarik-Neguhst*, crónica de los reyes de Abisinia. Comienza por una lista de los emperadores ó neguhsh de este país, desde Arve, ó la Serpiente, hasta el hijo de Salomón, Melinek. La lista no parece que data de esta época más que una apariencia de verdad. En las tradiciones etíopicas se llama á la reina de Saba *Makeda*; se convirtió al verdadero Dios y llevó á su país una colonia de doctores judíos. Su hijo se llama Melinek ó David I, y tiene por sobrenombre *Ebn-Hakim*, el «hijo del sabio.» Véanse los *Viajes de Salt*, tomo II, y de Bruce, t. I; M. de Socy, *Disertación sobre la inscripción de Axum*; Ludolph, *Nueva historia de Abisinia y de Etiopía*; Bruce, *Viaje para averiguar los orígenes del Nilo*; Treméaux, *Egipto y Etiopía*.